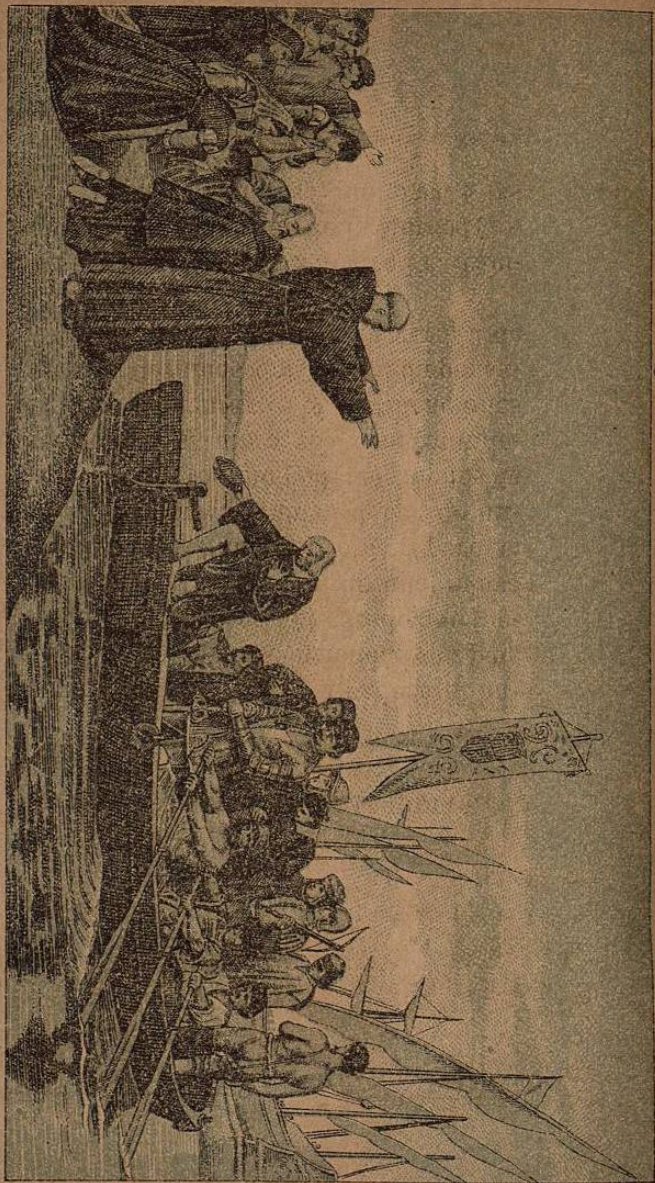


Primer embarque de Cristóbal Colón en el puerto de Palos para ir á descubrir el nuevo mundo.



CAPÍTULO XIV

LOS FRANCISCANOS EN LAS INDIAS.

REPUGNA á nuestra delicadeza el haber de entrar en contiendas con persona alguna, sea del estado que fuere, máxime tratándose de una causa que podemos llamar propia; pero si hemos de cumplir con el deber de narradores exactos, no podemos menos de hacerlo así, siquiera sea concretándonos á los comentarios y rectificaciones que consideramos del todo indispensables para dejar incólume la verdad de la historia.

Asegura el Rmo. P. Maestro Fr. Alonso Remón, de la Orden de la Merced (1), que el primer religioso que pasó á las

(1) *Hist. Gral. de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*, tomo II, lib. XII, cap. VI.

Indias fué de su sagrada Orden ; el primero que en ellas dijo Misa , predicó , catequizó y bautizó , y el primero que enarboló la cruz y la hizo adorar á los indios. El decir esto cuesta muy poco : si los Franciscanos no tuviéramos á nuestro favor tan gran número de respetabilísimos autores , así propios como extraños , que constataran nuestra primacía en aquella parte del Occidente , pasaríamos de buen grado en silencio esa especie de reto que sin provocación alguna se nos dirige ; mas en el estado actual de las cosas el callar no sería abnegación y humildad , distintivos que tan propios son de nuestra Orden de Menores , sino más bien remisión y poquedad de ánimo , y , si se quiere , cierto tácito asentimiento á lo que por lo gratuito en manera alguna se puede dejar sin correctivo.

El P. Remón principia dándonos la estupenda noticia de que Fr. Juan Pérez de Marchena era portugués. ¡ Cielos , qué revelación ! Pero vamos por partes : ¿ en qué autores lo ha leído S. P. Rma. ? ¿ Por qué no se digna citarnos algunos ? Porque no existen ; claro está. Y para evi-

tar confusiones ; ¿ de cuál de los dos entiende hablarnos el P. Maestro ? De Fr. Juan Pérez no puede ser , porque éste , en quien casi la totalidad de los historiadores reconocen las cualidades de confesor de la Reina y guardián de la Rábida , es demasiado notorio y popular en España y fuera de ella , para que nadie pueda dudar de su nacionalidad española. De Fr. Antonio de Marchena tampoco puede ser , porque cuantos han escrito de este religioso , todos á una voz dicen que era español , andaluz , y , á lo que parece , natural de la villa de Marchena , en la provincia de Sevilla. Buen cuidado hubiera tenido nuestro cronista lusitano , el P. Fray Marcos de Lisboa , de computar á cualquiera de aquellos dos religiosos entre los más preclaros Franciscanos de su nación , si fuera verdad que alguno de ellos hubiese nacido en Portugal : no lo hizo , por la sencilla razón de que uno y otro fueron españoles ; tan castizos y tan de limpio y depurado linaje , como lo acredita la hidalguía de sus altos hechos , brillantados por su acendrado patriotismo.

Prosigue el mencionado P. Remón diciendo que Fr. Juan Pérez de Marchena, del convento de la Rábida, encontrándose en la casa de Bartolomé Colón, hermano de Cristóbal, en la isla de Madera, fué quien aconsejó al segundo de aquéllos que se valiera del favor del rey de Portugal para el descubrimiento; y como aquel Monarca no le oyó, hizo igual ofrecimiento al rey de Inglaterra, que también se burló de él. *Esto era, dice, por los años de 1486.*

Querría sin duda S. Rma. aludir á Fr. Antonio de Marchena; porque lo que es Fr. Juan Pérez, opinan algunos que no conoció á Colón hasta el 1491, á sazón en que trataba de irse á Francia, de lo cual le disuadió aquel religioso. Y si, como nosotros creemos, el dicho P. Pérez conoció á Colón antes del 1491, fué sin duda alguna, no en la isla de la Madera, sino en España, en la provincia de Huelva y su convento de la Rábida, corriendo, como ya dejamos dicho en otro lugar, los años de 1484 ó principios del 85, que, según Las Casas, *Historia de las Indias*, parte 1, cap. XXIX; D. Hernando Colón, *Vida del Almirante*,

cap. XI; Herrera, década 1, libro 1, capítulo VII, y otros muchos, fué cuando el futuro Almirante entró en nuestra patria, haciendo su primera etapa en la Rábida.

Mas si el consejo dado á D. Cristóbal se quiere imputar á Fr. Antonio de Marchena, nos limitaremos á decir por toda respuesta que á nadie del mundo se le ocurrió jamás una especie tan peregrina. Continúa el P. Remón sus lucubraciones, diciendo que el viaje de Colón desde Madera á Portugal tuvo lugar en 1486. ¿Cómo puede ser eso, P. Remón, si el 20 de Enero del expresado año ofreció aquél personalmente sus servicios á los Reyes Católicos, después de residir bastantes meses en España, sin que hubiese salido de ella en todo aquel año ni en el siguiente?

Y como si el repetido Padre Maestro quisiera demostrarnos que con todo ello aún no se habían agotado las flechas de su aljaba, prepara de nuevo su arco, y nos asesta una violenta protesta, que viene á ser como la síntesis de todo su pensamiento; repitiendo con más fuerza que antes que su Orden fué la primera que puso los pies en el Perú, y que en

algunos tiempos no hubo otros religiosos más que los suyos que bautizasen, predicasen y administrasen los Santos Sacramentos, aun á los mismos españoles y soldados, fuera de un Dominicó llamado Fr. Vicente Valverde. Y con respecto á Fr. Juan Pérez ó Pérez de Marchena, como le llama, afirma, como si lo hubiera visto, que no fué jamás ni á las Indias, ni á Nueva España, ni al Perú, ni á Santo Domingo, ni á Cuba, sino solamente á la isla de Madera, donde, como ya dijimos, lo pone de huésped en casa de Bartolomé Colón, para persuadir á su hermano Cristóbal que pasara á Portugal á ofrecer un mundo á su Rey. ¡Asombra el leer estas enormidades en un libro de historia!

La Orden de San Francisco, sépase, no disputa á nadie su primacía en el Perú, descubierto mucho más tarde; le basta ser la primera que ejerció su apostolado en las Indias Occidentales; la primera que tuvo en ellas iglesia, convento, provincia, y hasta el primer Obispo, como todo ello, con el favor de Dios, iremos viendo.

Y aun respecto de las Indias Orienta-

les, puede igualmente la Orden Franciscana llamarse la primera. «Yo vi, dice nuestro cronista el P. Daza, un memorial impreso y firmado del capitán Pedro Fernández de Quirós, que dió al Rey nuestro Señor Filipo III, donde dice que vió escrito en la ciudad de Xuchmelco, en las Indias Orientales, *que los frailes de San Francisco bautizaron diez y seis millones de indios, sólo en la comarca de aquella ciudad.*»

Muchos millones nos parecen estos; pero al fin, grande debió ser el número de los bautizados, cuando á tal cifra se atrevieron á elevarla. «Y todo esto, prosigue diciendo Daza, con ser tanto, es poco respecto de lo mucho que hicieron estos obreros del cielo en aquella gran mies, pues hubo algunos que, no sólo en el reino de México bautizaron siete millones de indios, y otros por otros lados catorce millones, sino el que desterraron de las Indias todo género de idolatrías, levantando muchas iglesias, y en ellas el estandarte santo de la Cruz (1).»

(1) *Crónica Gral. de la Orden de San Francisco*, lib. II, cap. II.

Pocos son los historiadores que no reconozcan que después de Dios débense aquellos triunfos á los Franciscanos. Ellos fueron los primeros que en las Indias Orientales cultivaron aquella mística viña; vinieron después los Dominicos, luego los Agustinos, y más tarde los Jesuitas, con la particular circunstancia, que los primeros cuarenta años continuos estuvieron solos los Franciscanos observantes, como de todo ello dan claro testimonio Rodulfo, libro II, página 245; Daza, parte 4.^a, libro I, capítulo XLIII; Gonzaga, pars. IV. Prov. Stae. Thomae, Apud Indos orientales, pag. 1404, edic. Venet. ann. 1603; Marcos de Lisboa, tercera parte de la *Crónica de los frailes Menores*, libro IX, capítulo XLIX, y otros.

Terminando el P. Remón sus investigaciones para deducir de ellas la primacía de su Orden en las Indias Occidentales, nos dice, con referencia á lo que Pedro Mártir de Anglería escribe en el libro intitulado *De las cosas del mar Océano y del Nuevo Mundo*, que en el segundo viaje, queriendo Colón averiguar si Cuba era isla ó tierra firme, des-

embarcó gente en ella, y que un ballestero se internó algún tanto para ver si lograría cazar algo; sucediendo que á muy pocos pasos encontró un hombre vestido de blanco, tan semejante en todo al religioso de la Merced que venía con Colón, que á primera vista creyó en efecto que era él. *De donde se colige*, añade con gravedad característica el historiador Mercedario, *que el primer religioso que llevó consigo Colón era de nuestra Orden.*

Cabal: la consecuencia no puede ser más legítima. *Con todo*, sigue diciendo el P. Remón, *no pudo ser hombre vivo el que vió el ballestero....* ; Ánimas benditas! ¿Si se tratará aquí de algún caso de nigromancia? Pero dejémosle continuar: *no pudo ser hombre vivo el que vió el ballestero, toda vez que los treinta hombres....* Eche V. más hombres; pues sabemos que éstos llegaron á treinta y nueve, si no fueron cuarenta. Prosiga V.: *toda vez que los treinta hombres que había dejado Colón en su primer viaje bajo el mando de D. Diego de Arana, fueron todos degollados por los indigenas....* Por lo que, en concepto del Rmo. Padre, lo

que aquel cazador vió fué una visión que Dios quiso mostrarle del religioso muerto. Lo que equivale á decir que en el primer viaje á las Indias se embarcó un Mercedario, el cual, habiéndose quedado allí, fué degollado por aquellos naturales. Eso es, y luego, muy vestido de blanco, y no sabemos si calzado de coturno, dejóse ver del balletero. Y todo ello no más que para venir á darle un susto de primer orden. ¡ Vaya un gusto del otro mundo !

Así lo interpretó el P. Remón. Nosotros, empero, que nos creemos más exentos de preocupaciones, no podemos admitir la verdad de aquella aparición de ultratumba, la cual, con perdón de su reverendísima, tenemos por una pura ilusión. Oigamos si no á Washington Irving, que tan satisfactoriamente explica aquel suceso. Dice, pues, este autor, que el cazador en cuestión contó que había visto por entre las aberturas del bosque un hombre vestido con traje talar blanco, seguido de otros dos que llevaban túnicas del mismo color, las cuales les llegaban á las rodillas, y que detrás de éstos venían otros treinta ó

más armados de clava y lanza. ¡ Ay, qué miedo ! Que aunque al divisarle aquella tropa toda ella hizo alto, no manifestó, sin embargo, la menor hostilidad ; pero que habiéndose adelantado para hablarle el hombre del vestido largo, sobrecogido el balletero de terror, abandonó precipitadamente el campo para ir á incorporarse con sus compañeros.

Aquí hace notar Irving que en aquellas regiones de América se encuentran muchas cigüeñas de doble volumen que las de Europa ; y como jamás se llegó á descubrir en Cuba tribu alguna que llevase vestidos (1), es de presumir que

(1) Muchas de aquellas tribus es evidente que en la época aludida iban enteramente desnudas, pintábanse el rostro y hasta la mitad del cuerpo. Otros vestían lo que llaman una *cusma*, ó camisa sin mangas, hecha de tela ó bien de cortezas de árboles, la cual llevaban, no tanto por pudor, cuanto por librarse de las sangrientas picaduras de los cínifes ó mosquitos de trompetilla, plaga horrible que en aquel clima molesta mucho. A este propósito, escribiendo el Almirante á Rafael Sánchez, tesorero de los Reyes Católicos, según leemos en el tomo 1 de Navarrete, dice así : « Los habitantes de uno y otro sexo, así en la Española como en las otras islas que vi y de que tengo noticia, andan siempre desnudos como nacieron, á excepción de

la relación de los hombres blancos tendría su origen en la acalorada fantasía del arquero, sobresaltado con la falsa idea de que se encontraba acaso en las fronteras de los países civilizados de Mangón, de los cuales habría oído hacer á Colón las más poéticas descripciones. Lo cierto es que las cigüeñas comen juntas, y mientras dura el pasto, una de ellas se separa de las demás, poniéndose como de centinela; y cuando se ven por entre los claros de un bosque formadas en línea, á primera vista parecen figuras humanas. De ahí el error del ballestero (1). En suma: que los frailes Mercedarios ó los hombres vestidos de blanco, con todo aquel formidable escuadrón de lanceros, vino á reducirse á una bandada de cigüeñas.

algunas mujeres, que cubren su desnudez con alguna hoja verde ó algodón, ó con algún velo de seda que ellas forman para este objeto».

(1) IRVING: *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. VII, cap. IV.



CAPÍTULO XV

DE SI ALGUNO DE LOS DOS PADRES PÉREZ
Ó MARCHENA PASÓ Á LAS INDIAS.—TES-
TIMONIOS PROPIOS.

ANTE todo, y para ilustrar en lo posible este punto tan azaroso y obscuro, conviene que oigamos á los cronólogos y escritores principales de la Orden Seráfica, declarando que, por nuestra parte, nos abstenemos de juzgar nada en pro ni en contra. Gracias á Dios, no tenemos otro ni más interés que el de la verdad, ni perseguimos otro ideal más que el de fijar bien las cosas, poniéndolas en el lugar que les designa, si no la luz de la historia en toda su radiante plenitud, á lo menos el resplandor que, mirado con ojos serenos, irradia siempre de aquel luminoso faro.